

dad; no podemos dudar que habiéndose ejercitado perpetuamente el alma de la gloriosa Virgen en las mas sublimes y excelentes virtudes cogió tambien sin intermision los frutos muy sabrosos y exquisitos de una plenitud de gozo y alegría interior.

VI. Tampoco podemos dudar que estuvo siempre practicando las árduas virtudes llamadas por nosotros bienaventuranzas; porque como el designio de Dios era levantarla á la cumbre del honor, le presentaba una tras otra ocasiones proporcionadas á su designio, de suerte que encontrándose por lo comun entre los laureistas y las palmas, sacaba brios de sus propias conquistas para aprovechar sin interrupcion, dándole aliento sus últimas victorias para sufrir y acometer cosas árduas y trabajosas en servicio y por la gloria de Dios.

VII. Permíteme, oh santa señora, que te diga con tu devoto siervo Mateo Cantacuzeno que tu estatura, es decir, la habitud interior de tu alma, se asemeja enteramente á la palma, la cual así como siempre está verde, así crece mientras le queda jugo y vida; pero en especial porque te remontas á lo alto sin dejarte abatir por ninguna dificultad. Haz que podamos subir á esa palma para coger los frutos de una santa imitacion y disponernos por este medio á entrar en las grandezas de tu gloria.

DECIMA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de excelencia de la madre de Dios.

CAPITULO XI.

QUE ES LA MARAVILLA DE GLORIA.

No desea con mas impaciencia el peregrino ausente mucho tiempo de su patria volver á ver su casa y sus hijos, que he deseado yo desde el principio llegar á este discurso, donde ha de pasarse muestra de las principales grandezas de la madre de Dios. Con efecto es certísimo lo que dice Isaias (1): que solamente en el cielo se descubre la magnificencia de Dios nuestro Señor. Allí veremos la eleccion que la Virgen hizo de la mejor parte, como observa S. Bernardino de Sena (2), en la claridad de la vision beatifica, en la calidad del goce de Dios, en la honra que tiene de acercarse á él mas que ningun otro, en la eminencia de su asiento, en la plenitud de su posesion, en la abundancia de su gloria incomparable, que es el premio de sus singulares méritos; y ve ahí las consideraciones porque la he llamado la maravilla de gloria. Comencemos este discurso por los ensayos que hizo en el reino de la misma muerte, que es el paso primero y ordinario de los santos para llegar á la felicidad.

(1) Isai. XXXIII.
TOMO I.

(2) T. 2, conc. 54, art. 2, c. 3.

S. I.—De los grandes privilegios de la muerte de la madre Dios.

I. Bien sé que S. Epifanio (1), llevado de cierto respeto excesivo hácia la madre de Dios, tuvo reparo de determinar que había sufrido las leyes ordinarias de la muerte; pero esto no debe de detenernos en vista de que tal es la creencia de la iglesia católica fundada en la antigua tradicion, que nos transmitieron S. Juan Damasceno (2), S. Epifanio, presbítero de Constantinopla (3), S. Andrés de Candia (4), S. Juvenal, patriarca de Jerusalem (5), y otros muchos graves autores (6) despues de S. Dionisio Areopagita, el cual cuenta sucintamente la historia de este feliz tránsito en el tercer capitulo de los nombres divinos. Y á la verdad lo pedia así la razon, porque era necesario que en esto como en lo demás de su vida se conformase á su divino hijo segun observacion de S. Agustin (7), pues la muerte es cosa natural al hombre y á mal andar una pena del pecado, que no repugnó al mismo Dios y que puede subsistir sin pecado. Era conveniente para rebatir á los herejes maniqueos y valentinianos, quienes habian de atribuirle una naturaleza angélica, que se conociese por su muerte que su cuerpo y de consiguiente el de su hijo habian sido pasibles, de la misma naturaleza y calidad que los nuestros. Añádase que S. Juan Damasceno (8) y S. Agustin (9) dicen que siendo así que la muerte de los santos

(1) Heres. 78.
 (2) Serm. de dormit. B. Virgin.
 (3) Ibid.
 (4) Ibid.
 (5) Apud Nicephorum, l. 3 hist., cap. 4.
 (6) Nicephor., en el Jagar cit.: Metaphrast. de vit. et dor-

mit. Deipara 13 aug. etc.: San Joan. Damasc., orat. 1 de dormit. B. Virg.
 (7) S. August., serm. de Assumpt.
 (8) Initio orat. 2 de dormit. B. Virg.
 (9) En el serm. citado.

es preciosa delante de Dios segun el real profeta, la de la reina de los santos debia de ser de un precio y mérito inestimable tanto para ella como para los suyos. Digo con el mismo S. Juan Damasceno (1) y con S. Andrés de Candia (2) que era preciso que esta señora moderase los temores que tenemos de la muerte, con el ejemplo de la suya; y que tan lejos está de haberse rebajado su mérito por la muerte, que al contrario podemos decir con toda razon que

II. El primer privilegio de su dichosísima muerte fué la muerte misma. Le llamo privilegio, no porque quiera yo significar por esta palabra que la muerte fué propia y peculiar de ella, sino porque le fué otorgada cuando no podia recibirla sino como un rasgo señalado de cariño de su amado hijo para con ella. Para ilustrar este punto téngase presente que los doctores alegan diversas razones por las cuales el Salvador, que amaba tan tiernamente á su madre, no le hizo la merced de escogerla por compañera de su triunfante ascension ó á lo menos de llevarla inmediatamente despues al cielo. S. Agustin afirma (3) que fué para que la iglesia militante no quedase de pronto privada de la presencia del hijo y de la madre y sumergida por lo tanto en doble amargura. Así vemos que á medida que el sol se traspone á otro hemisferio, aparece la luna para disminuir la pena que sentimos por la desaparicion de aquel hermoso astro. El abad Ruperto enseña (4) que era muy conveniente que la virgen María habitase aun algun tiempo en la tierra para ser maestra de la fé y ejemplar de las vírgenes y las viu-

(1) Serm. 4 de dormit. B. Virgin.
 (2) Hom. 2 de Assumpt. B. Virgin.
 (3) Serm. de Assumpt. Virg., t. 9. Oper.
 (4) Lib. 5 in Cantic.: S. Bernard., serm. 4 in Missus.

das. S. Anselmo piensa (1) que una de las razones principales fué para que ella tuviese su triunfo particular, y para que los honores que habian de tributarle en su asuncion, no quedasen oscurecidos y como eclipsados por los de la ascension de su hijo. Un doctor, á quien me cuesta trabajo nombrar por la pena que causó en su tiempo á la iglesia (2), aunque al decir de algunos la reparó por la debida penitencia, va mas allá y dice que el Salvador lo dispuso así expresamente para que el triunfo de su madre fuese en cierto modo mas augusto que el suyo propio no solo enviando á recibirla los espíritus bienaventurados acompañados de muchos santos, cuyos cuerpos gloriosos realizaban no poco el aparato de su gloria, sino asistiendo él mismo en persona para colmarla de gozo y honor. S. Pedro Damiano dice casi lo mismo en un sermón de la Asuncion. Sea de esto lo que quiera, no hay duda de que ella tuvo la muerte por merced, especialmente habiéndola recibido de Dios del modo mas dulce y apacible que se puede desear; lo cual me lleva derechamente al segundo privilegio.

III. El segundo privilegio de su muerte es la causa próxima de la separacion de su bendita alma y de su purísimo cuerpo, que sostengo haberle acontecido por el esfuerzo de un eficazísimo acto de amor. Mas para proceder como se debe en un asunto de tal trascendencia es necesario saber ante todo que hay una grandísima diferencia entre la significacion de estas tres expresiones: morir en amor, morir por el amor y morir de amor ó por amor. Morir en amor no quiere decir otra cosa, si bien se considera, sino morir en el hábito de la caridad ó á lo mas morir practicando un acto de amor. Morir por el amor es morir por la defensa de la caridad de Dios ó del prójimo,

(1) De excellentiâ Virgino., (2) Petr. Abailard., Serm. de Assumpt. B. Virg.

de manera que se dé la vida por mantenerla; porque si unos se exponen á la muerte por la defensa de la fe, los otros por la conservacion de la castidad y así de las demás virtudes (lo cual llamamos con propiedad morir por la justicia, que comprende generalmente todas las virtudes); ¿por qué no ha de haber quien vaya gustoso á la muerte por mantener la caridad ya sea en sí, ya en los otros? Y por qué no ha de ser de estos de quienes decía el salvador del mundo que no hay mayor caridad que dar su vida por sus enemigos? Pero morir de amor ó por amor es no tener otra causa próxima de la muerte que el amor; es no solo morir en el seno del amor, sino por los esfuerzos y tretas y á manos del amor. Este privilegio es el que sostengo haber sido otorgado á la bienaventurada madre de Dios; en lo cual no pienso seguir mi opinion particular, sino el dictámen de muchos doctores y testigos irrecusables. Con efecto así hablaron S. Juan Damasceno (1), el abad Ruperto (2), el abad Guerrico (3), Alberto Magno, Dionisio el Cartujo (4) y los mas de los teólogos (5); y tambien convienen en esto las revelaciones de santa Brigida (6). Le llamo privilegio en primer lugar porque juzgo que es la muerte mas tranquila, honrosa y admirable que se puede discurrir. Con efecto confieso por mi parte que no puedo ser del dictámen de aquellos (7), que tienen tanto miedo de suponer cualquier alteracion en el cuerpo de la Virgen, que falta poco para que la hagan impasible. Lejos de ella esas molestas sensaciones que por lo comun son materia y pábulo de los vicios. Lejos de ella esos temores y recelos violentos, esos cuidados que devoran, esos

(1) Orat. 2 de dormit. B. Virg. (5) Suarez, t. 2 in 3 p., disp. 21, 4 etc.
 (2) Lib. 5 in Cantic. (6) Lib. 6 Revelat., c. 62.
 (3) Sermo 4 de Assumpt. (7) Peza, Elucidarii B. Virg., tract. 46, c. 2.
 (4) De laudib. Virg., l. 4.

odios enconados, esa ira terrible, ese frenesi, ese furor, esa rabiosa desesperacion y otros semejantes monstruos de la naturaleza, que desfiguran el rostro no menos que perturbán el corazón; pero ¿por qué ha de parecerse singular que diga ella con el real profeta (1): «Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo? ¿Por qué hemos de tener dificultad en confesar que su cuerpo por la simpatía que tenía con su alma, sintió los poderosos estímulos y las suaves violencias del santo amor? ¿Qué indecencia puede imaginarse en la sensación de ese fuego inocente y divino, que á veces inflama el corazón purificado de los santos? ¿Quién podía desatar mas dignamente que el amor divino el lazo con que estaba unida el alma de la Virgen á su cuerpo? En segundo lugar le llamo privilegio, porque si esta gracia no fué peculiar de ella, por lo menos le fué comun con muy pocas personas. Esta Virgen incomparable puede decir de un modo muy excelente, si no singularmente lo que está escrito en el libro de los Proverbios segun la version de los Setenta: Mis salidas son salidas de vida (2); no solo porque ella salió de esta vida para entrar en otra mejor (lo cual conviene generalmente á todos los santos), sino porque la muerte le fué causada por un verdadero principio de vida, á saber, el amor divino. A ella le corresponde decir lo que está escrito en el capítulo primero de las Lamentaciones de Jeremías segun el texto original: «De lo alto envió fuego á mis huesos, y por este medio me separó y me atrajo á sí»; porque su alma fué desprendida de su cuerpo por la dulce violencia de un movimiento santamente amoroso.

IV. Y para entrar con empeño en la prueba de esta verdad no encuentro, todo bien considerado, mas que

(1) Salmo LXXXIII.

(2) Proverb. VIII.

dos caminos por donde pueda asaltarnos la muerte, porque es necesario que nos embista dentro de nosotros mismos ó que nos tome por fuera. En cuanto á lo primero me acuerdo de haber leído en S. Isidoro (1) y en el venerable Beda (2) que algunos hombres temerarios enseñaron que la madre de Dios murió de muerte violenta; pero tampoco ignoro que son desmentidos por todos y que la espada profética de Simeon en que se apoyan, es levisimo fundamento para sentar una doctrina de tanta trascendencia. Por lo que toca á los principios interiores, todos pueden referirse á tres, á saber, la enfermedad, la violencia de alguna pasión y la vejez ó la consunción natural. Tocante á la vejez estoy seguro de que cualquiera que repase en su mente lo que queda dicho de la buena constitucion de la sacratísima Virgen, quien considere que no se hace ninguna mencion de ello en la historia de su vida y de su muerte y que los doctores juzgan comunmente haber estado exenta de toda enfermedad; en una palabra quien recuerde que Moisés (3) y Aaron (4) su hermano bajaron al sepulcro por solo el mandato de Dios sin haber sentido ningun mal ni achaque en toda su vida; sin dificultad se persuadirá á que la misma gracia fué otorgada á la madre de Dios. Tampoco podemos creer que muriese de vejez, porque es poco probable que un cuerpo tan bien formado y ordenado como el suyo estuviese consumido y fuese decrepito á la edad de sesenta y tres ó setenta y dos años, que son las dos opiniones mas admisibles en cuanto al número de los que vivió en la tierra (5). Cuéntase que la sibila de Cumas singularmente querida de Apolo fué

(1) De vitá et morte sancto-
rum, c. 68.

(2) Num. XX: Deuter. X.

(3) In cap. II Luc.

(4) Vease á Cristov. de Cas-
tro, Hist. Deipare, c. 20, n. 48.

(5) Deuter. XXXII, XXXIV.

convidada un día á pedirle alguna merced, y hallándose entonces los dos á orillas del mar, cogió ella un puñado de arena y pidió vivir tantos años como granos tenia en la mano. Al punto le fué concedido; pero con la condición de que no viesse jamás la tierra donde habia nacido; de lo contrario moriría antes del tiempo señalado. Decretada su petición se marchó á Cumas, donde vivió tan largos años, que hacia mucho tiempo le servia la vida de suplicio cuando recibió una carta donde se habia echado algo de greda, que era la tierra de su país. Apenas la abrió, se escapó su alma de la cárcel del cuerpo donde estaba detenida por fuerza. Bien sé que esta es una ingeniosa invención de los poetas, los cuales quisieron significar con ella que siendo la sibila de sana complexion y habiendo vivido siempre con buen régimen llegó á la edad decrepita. Sin duda hubiera gozado de este privilegio la Virgen santísima, si el cielo que la esperaba mucho há, no hubiese anticipado su muerte condescendiendo con los vehementes deseos que tenia ella de verse pronto unida al sumo bien. En cuanto á la violencia de alguna pasión desordenada basta lo que se ha dicho poco antes. Solo queda pues que el divino amor diese el golpe y previniese aquella hermosa alma con una atracción tan suave á la par que fuerte, que no pudiendo ella resistir voló al cielo.

V. Aquí tengo gusto de detenerme algo para declarar mas particularmente la manera de esta muerte extraordinaria y los diversos grados de amor por donde se dispuso para ella. A este fin tráigase á la memoria lo dicho en el capítulo VIII, párrafo 5 acerca de su suma caridad y del punto á que llegó en los últimos dias de su vida. Figurémonos que por entonces gozando de ordinario de las visitas y amorosas caricias de su muy querido hijo deseaba vehementísimamente verse unida á él, y como sabia muy bien que no podia ser esto sin

que se disolviese su cuerpo, único obstáculo que la separaba de su amado, por eso anhelaba de continuo á esta disolución. Bien sé los ardientes deseos de morir que atormentaron á David, S. Pablo, S. Agustín, San Martín, S. Gregorio y otros muchos, y el disgusto que sintieron viendo alargarse su vida. No ignoro que santa Catalina de Génova, según se lee en la suya, estuvo dos años enteros buscando la muerte con la mente y el deseo: que unas veces la llamaba inhumana y cruel porque se hacia sorda á sus llamamientos y ruegos, y otras mudaba de lenguaje y se ponía á adularla llamándola hermosa, amable, preciosa, su tranquilidad y su contento, sus delicias y su amor, y diciendo que un solo defecto se notaba en ella, á saber, que estaba muy pronta para venir á buscar á los que huían de ella, y era poco propicia á los que la deseaban con ansia. Bien hé leído que santa Teresa de Jesus moria todos los dias porque no moria: que uno de sus mayores consuelos era oír el reloj, porque le parecia que se acercaba á su fin: que no podia menos de pedir la muerte, porque le era imposible hallar remedio viviendo. Pero tambien estoy cierto de que como los vehementes deseos que estos santos tenian de morir, provenian solamente de su gran amor á Dios y de la impaciencia por estar unidos á él, habia mucha diferencia entre los deseos que tenia la Virgen santísima de unirse á su amado, y los de aquellos, porque habia tan poca comparación entre el amor de la una y el de los otros. ¡Cuántas veces dijo la Señora con la esposa de los Cantares (1): «Muéstrame tú, á quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde seasteas al mediodía!» ¡Cuántas veces pasaron sus deseos á desfallecimiento, que es el segundo grado por donde la dispuso el amor para la muerte!

(1) Cantic. 1, 6.

VI. ¡ Cuántas veces dirigíó á los espíritus bienaventurados que venian á visitarla, estas amorosas súplicas: Conjúroos, hijas de Jerusalem, que si hallareis á mi amado, le aviseis que desfallezco de amor (1)!; Cuántas veces dijo con la esposa desfallecida de amor: Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor (2)! O como leen los Setenta: Cercadme de unguentos y perfumes. O segun el texto original: Poned vino cerca de mí. Con efecto así como cuando un enfermo es consumido de una fiebre ardiente y está atormentado de desgana y de repugnancia á los manjares, aun á aquellos que mas le gustaban antes, procuramos distraerle y recrearle algun tanto con vasos llenos de flores y yerbas olorosas, con las mejores frutas de la estación y con el vino, que siempre está á mano sobre la mesa para acudir á los desmayos y flaquezas de estómago; de la misma manera podemos figurarnos que aquella santa alma hacia cuánto podia para divertir su tedio: que se recreaba con las flores de la santa palabra (3) y particularmente con la memoria de aquellas que habia oído á su divino hijo: que procuraba deleitarse con los frutos de las buenas obras y especialmente con la vista de los lugares donde el Salvador habia dejado estampadas las huellas de su dolorosísima pasión (4): que para confortar su abatido corazon echaba mano del grato olor (5) que por todas partes difundia la publicacion del Evangelio de paz, y las buenas nuevas que recibia frecuentemente de los apóstoles: por fin que contra sus desfallecimientos usaba el vino que engendra virgenes, acercán-

(1) Cantic. V. 8: Guerric., Assumpt. et B. Brigitta, l. 5. Sermo 4 de Assumpt. velat., c. 61.

(2) Cantic. II, 5.

(3) Rupert. l. 5 in Cantic. (3) Rupert. hácia el fin del lib. 4 in Cantic.

(4) Ildephons., Serm. 8 de

dose muy á menudo á recibir el santísimo y augusto sacramento del altar.

VII. Pero como á veces sucede que lo que se toma para apagar la sed, la enciende mas, así los refrigerios que usaba la reina de los ángeles para calmar su fuego interior, le servian como de pábulo (1); de suerte que llegó por fin á caer en los desfallecimientos de amor, que es el último grado de la suave violencia que la hizo padecer el mismo amor, y el último golpe que le dió para separar su bendita alma de su cuerpo. Para que esto sea mas inteligible, hay que notar que así como en el orden natural el fuerte arrebata al débil y le convierte en su propia sustancia á fuerza de penetrarle é infundirle sus calidades, segun vemos en el fuego y en los otros cuerpos cuya accion es mas vigorosa; de la misma manera acontece en el orden sobrenatural. Con efecto habiendo una distancia infinita entre el Criador y la criatura, á medida que Dios trabaja en una alma y la hace sentir sus impresiones, la atrae hácia arriba á fin de transmutarla en sí; de suerte que tirándola Dios de un lado y deteniéndola el cuerpo por otro, la pobre alma queda como suspensa y le parece á cada paso que va á dejar el cuerpo. Así leemos que S. Efrén, S. Francisco Javier, santa Teresa de Jesus y otros muchos, quando eran estrechados de estos sentimientos amorosos, pedian con instancia á Dios que se sirviese moderar tal fuego ó desatar los lazos que los ataban á su cuerpo, porque no podian sufrir mas tiempo aquel martirio de amor. Y si esos santos con una centella de caridad que encendia sus pechos, llegaban á tal desfallecimiento, que juzgaban no poder mantenerse mas tiempo unidos al cuerpo; ¿qué habremos de creer de la reina de los santos, la cual en

(1) Sophron., Serm. de Assumpt.: Rupert. l. 5. in Cantic.

el fuego de sus contemplaciones, en la íntima comunicacion que tenia con la santísima Trinidad, en sus éxtasis y delirios amorosos arrojaba á manera de un volcan llamas de amor divino capaces de abrasar el cielo y la tierra? De seguro que si Dios no hubiera confortado milagrosamente aquel pecho sacrosanto, mucho tiempo ántes hubiese estallado; pero al cabo fué forzoso ceder á la suave violencia del amor, y no hubo ya medio de hacerse sordo á los redoblados lamentos que la enamorada señora dirigia al cielo.

Tercer privilegio.

VIII. Y ve aquí el tercer privilegio de su muerte. Con efecto si apenas hay santo que no haya sido avisado antes del dia y hora de su muerte, con mas razon debemos de juzgar que no se negaria esta gracia á quien se aventajaba á todos ellos en santidad, especialmente si se atiende á que esta es la piadosa creencia de todos los devotos de la incomparable Virgen, segun observa Alberto Magno (1) y enseñó siempre la respetable antigüedad. Y aunque sea difícil juzgar resueltamente respecto de la persona escogida para esta embajada, con todo parece muy fundada la conjetura de los que conceden tal honra al ángel S. Gabriel (2), ya por ser uno de los siete primeros espíritus que están en la presencia de Dios y son destinados á las comisiones mas importantes para el gobierno del mundo, ya por haber sido preferido siempre á los demás en lo relativo á la madre de Dios. Fuera de que por revelación de la misma Virgen á santa Brigida (3) cuando dijo á esta que el ángel se le mostró segun le habia visto ella otras muchas veces, no es difícil conjetu-

(1) *Sup. Missus*, c. 469. vita et dormit. B. Virgin. etc.
(2) *Metaphrast. in orat. de* (3) *Lib. 6, c. 62.*

rar que fué S. Gabriel, el cual servia á la Señora de camarero. Tal vez el bienaventurado arcángel le enseñó por orden de Dios la corona que estaba preparada en el cielo para la reina de los ángeles; lo cual no debe de parecer increíble, porque la misma gracia se concedió á otros muchos. Con efecto atestan las historias que se otorgó á S. Victor soldado y á su mujer santa Corona (1), que padecieron martirio en Siria el dia 15 de mayo bajo el imperio de Antonino. Lo mismo leemos de S. Valeriano y santa Cecilia su esposa y de los cuarenta mártires que murieron helados en un estanque en la ciudad de Sebaste en Armenia (2), imperando Licinio. ¿Y por qué habia de negarse este privilegio á la madre de Dios? Por lo demás no cayó nunca la lluvia sobre la tierra sedienta de agua con mas oportunidad que llegó esta noticia á oídos de la virgen Maria, la cual no suspiraba por otra cosa que por el cielo y por la disolucion de su cuerpo, único paso para arribar á aquel término.

Cuarto privilegio.

IX. El cuarto privilegio es el que refieren S. Juan Damasceno (3), Nicéforo (4), el Metafrasta (5), Glicas (6) y otros segun San Dionisio en el lugar arriba citado; á saber, que Maria fué asistida á la hora de su muerte de la mas noble y lucida compañía que hubo jamás, porque sin contar los millares de millares de espíritus bienaventurados que rodeaban su lecho (7), y sin hablar de un buen número de santos que el Señor habia llevado

(4) *Martyr. rom.* 45 maii. (6) *Annal.*, part. 3.
(2) *S. Basil.*, hom. 20. (7) *S. Brigitta*, *ibid.*: *So-*
(3) *Orat. 2 de dormit. B. V.* *phron.*, *Serm. de Assumpt.*: *Il-*
(4) *Ecl. hist.*, l. 2, c. 21. *dephens.*, *serm. 4 de Assumpt.*:
(5) *Orat. de vita et obitu B.* *Arnoldus abbas, De laudibus*
Virg. *Virg.*

consigno al cielo el día de su Ascension y que bajaron entonces para obsequiar á su libertadora, segun testifica S. Juan Damasceno, los que David llama principes de la tierra, S. Pablo columnas de la iglesia y S. Juan puertas del cielo (los santos apóstoles), se hallaron allí presentes, condeuidos como es muy probable por el ministerio de los ángeles y con ellos todos los que los asistian en la publicacion del Evangelio, y cuantos fieles se encontraron en Jerusalem. ¿Quién podrá imaginar, dice san Andrés de Candia (1), los himnos de alabanza que entonó entonces aquella santa tropa, las acciones de gracias á la beatísima Trinidad en que prorrumpieron, los ardientes deseos de servir á Dios que inflamaron sus corazones, las aclamaciones y aplausos á la Virgen santísima, y sobre todo el regocijo de unos y las lágrimas y lamentos de otros? Porque no puedo pasar aquí en silencio la caritativa pugna que hubo entre los espíritus bienaventurados por una parte y los miembros de la iglesia militante por la otra: aquellos la convidaban á que fuese á recibir el galardón de sus afanes y el premio de sus inestimables méritos, la llamaban la gloria de Jerusalem y el honor de la ciudad celestial y le manifestaban la orden que tenían de su dueño y señor para no volverse sin ella; y los pobres fieles se deshacían en lágrimas y no podían contener los sollozos y suspiros: llamabanla su sosten, su amparo, su consuelo, su dicha, su vida, su maestra, su refugio, su madre, su todo, y le pedían ardientemente que pues ellos sabian muy bien que estaba en su mano, no los abandonase aun ó en caso de hacerlo los llevase á todos en su compañía. Esta pugna me recuerda una antigua pintura del amor, que se representaba suspendido entre el cielo y la tierra é

(1) Orat. de dormit. S. Marie Deiparce.

igualmente atraído hácia arriba y hácia abajo con cadenas de oro. Tal estaba á mi parecer el corazón de la reina del amor, cuando porfiaban el cielo y la tierra sobre quién se le llevaria.

Quinto privilegio.

X. Pero ánimo, que ya viene el Salvador en persona, á quien el sabio obispo de Marsella llama poderoso imán del cielo, y él arreglará estas disputas. Este es el quinto privilegio del dichoso tránsito de la Virgen, autorizado por S. Juan Damasceno (1) y la respetable tradicion (2) y muy bien fundado en la razon. En cuanto la casta é inocente paloma le vió venir para recibir su alma, hizo el último esfuerzo de amor y le habló de esta suerte: «Verdaderamente en tus manos, veneradísimo hijo mio, debo yo de entregar mi alma: recibela pues si quieres, ya que por tu misericordia ha sido preservada de todo pecado. A ti igualmente y no á la tierra encomiando mi cuerpo, que te dignaste de hacer tu santuario. Llévame contigo, te ruego, atento á que no puedo vivir mas sin tí, que eres el fruto de mis entrañas y la vida única de mi corazón: cuida de estos pobres huérfanos y sírvelos de padre y madre: fortalece sus espíritus para que reciban de tu mano mi partida; y por consideracion á mi derrama un mar de bendiciones sobre ellos y sobre todos los nuevos vástagos de tu iglesia. «Dijo, y extendiendo sus manos sacrosantas y bendiciéndolos á todos (3)

(1) Orat. 2 de dormit. B. V. dormit. B. Virg.: Nicephor. Hist. lib. 3, c. 21.
 (2) Sophron., Sermon. de Assumpt.: Gregor. Turon., De gloria mart., l. 2, c. 3. : Ildephons., Sermon. 3 de Assumpt.: Metaphrast., Orat. de vita et dormit. Virg.: Niceph., Metaphrast., Orat. de vita et Hist. l. 2, c. 21.

se volvió risueña hacia su amado hijo y le entregó el espíritu que había recibido de él. Con este golpe pensó morir de dolor la iglesia naciente. Daba lástima ver la aflicción y desconsuelo de los que juzgaban perderlo todo con aquella que era el alivio de sus males y el lenitivo de sus penas. Pero mientras los unos con el luto en el corazón y el llanto en los ojos mostraban el sentimiento que les causara esta muerte, resonaba el aire con los cánticos de alegría y júbilo de los otros. Ven (decían los escuadrones de espíritus bienaventurados), ven, santa señora, á la mansión de la felicidad eterna, donde eres esperada desde el principio del mundo. Ven, regocijo del cielo, porque el invierno ha pasado, se han desvanecido las nubes y las nieblas, y es llegada la época del gozo y del triunfo. Ven, porque eres toda hermosa y en tí no hay mancha alguna: la suavidad de tus ungüentos excede á todos los perfumes del mundo.

Sexto privilegio.

XI. A mi pesar tengo que suspender estas admirables aclamaciones; no obstante no interrumpamos el discurso de los privilegios de la dichosa muerte de la virgen María. El sexto es la incomparable serenidad y dulzura de su muerte (1). ¡Oh cuán cierto es que el morir en Dios y con Dios es un principio de felicidad inapreciable! Pero el morir con la muerte de la madre de Dios es el colmo de las más lisonjeras esperanzas del mundo. Por lo demás (dice S. Juan Damasceno en el lugar tantas veces citado) era una cosa razonable que aquella que había concebido sin deleite sensual y parido

(1) Ildephons., *Serm.* 3 de *vita et dormit. B. V. Nicéphor.*, *Assumpt.*: *Metaphrast.*, *Orat. de Hist.* 1. 2, c. 21.

sin dolores, tuviera también una muerte á correspondencia que pudiese el sello á todas las gracias recibidas hasta allí de Dios. Detengamos por un instante, almas devotas, á ese espíritu que acaba de separarse del cuerpo, para presentarle nuestras súplicas y deseos y decirle con el elocuente Andrés de Jerusalen (1): «Vete en paz, pues Dios lo ha ordenado así; y deja resueltamente la tierra para aposentarte en el cielo. Sube por cima de Elias y Henoc en el reino de vida, donde te regocijarás eternamente con los ángeles. Recrea tu vista con la hermosura de aquel á quien llevaste en tus entrañas: sáciate de los deleites que no tienen fin: saborea los torrentes de delicias celestiales y aplica tus labios á la fuente de la vida, que no es otra cosa que el mismo Dios. Posee en realidad lo que esperaste: ve lo que creíste; y recibe lo que mereciste. Entra en el gozo del paraíso, donde es adorado el Padre, glorificado el Hijo, y alabado y honrado el Espíritu Santo. Y vosotros, ángeles santos, llevad la ciudad del rey augusto al reino de felicidad y la verdadera arca de la alianza al santuario de la Jerusalen celestial: alojad en el cielo la puerta del cielo y poned á la madre junto al hijo.»

Séptimo privilegio.

XII. Concluyamos estos privilegios por el lugar donde espiró, que según dicen S. Juan Damasceno y varios doctores graves (2), fué en la santa Sion en el cenáculo donde el cordero de Dios, bajado para borrar los pecados del mundo, se había inmolado él mismo en

(1) *Orat.* 2 de *dormit. S. Mariæ Delparg.* *Orat. de vita et dormit. Delparg.*
 (2) *Andr. Cretens.*, *Orat.* 4 de *dormit. B. Virg.*: *Beda*, *De locis sanctis*, c. 3.; *Metaphrast.*, *Orat. de vita et dormit. Delparg.*, *Nicéph.*, *hist.* 1. 2., c. 23: *Nazianz.* seu *Apollinar.*, *Traged.* de *Christ. patiente* etc.

aras de su amor y se habia entregado á sus queridos discípulos para servirles de sustento, donde habia dado la ley de caridad y dejado un ejemplo de humildad incomparable, donde habia tratado con los suyos despues de su resurreccion permitiendo á santo Tomás que le tocara para afirmar su fé, en una palabra en la iglesia primera y matriz del mundo, donde el Salvador mismo habia enseñado y sacrificado, donde el Espíritu Santo habia bajado sobre los maestros y doctores de todo el orbe, donde los santos apóstoles habian orado continuamente y con tanto fervor, y donde el discípulo amado habia servido á la madre de su maestro Jesus segun la solemne recomendacion de este.

XIII. Concluyamos este discurso con un testimonio de S. Juan Damasceno, ya que me ha suministrado materiales para las partes mas importantes de él. «¿Quién me hará la merced, exclamaré con este santo doctor, de darme entrada en esa sala regia, mas magnífica que las de los grandes y potentados, para postrarme con toda libertad en ese sagrado pavimento que pisaron el Verbo encarnado, su madre santísima y los mas ilustres moradores del cielo, y para abrazar ese humilde lecho que sirvió de escabelo á la reina de los ángeles cuando subió á la gloria inmortal? ¡Oh si pudiera yo entre este luto y regobijo introducirme insensiblemente para besar los piés de mi bondadosa madre y regarlos con mis lágrimas! ¡Cuántas bendiciones creeria sacar de la fuente viva de la gracia! ¡Oh quién se hubiera hallado en aquella santa junta para inflamar su corazon en el amor de los bienes eternos y desasirle eficazmente del afecto de todas las cosas bajas y caducas! Pero basta por ahora: ya llegaremos á tiempo para tributar el último obsequio á este sagrado depósito: entretanto dispongámonos á seguir á su bendita alma que va á entrar en el cielo.

§. II.—De las admirables singularidades de su Asuncion y de la gloria de su triunfo.

I. San Juan Damasceno no sabe verdaderamente qué nombre dar á la muerte de la bienaventurada Virgen (1). Llámala un dulce sueño, un tránsito al reino de paz, una aproximacion á Dios, y despues de escoger las palabras mas lisonjeras que puede hallar, se dirige á la misma Virgen en estos términos: «Santa señora, los ángeles honraron tu coronacion conduciéndote con indecible magnificencia: los príncipes de las tinieblas no pudieron sufrir tu llegada; mas se retiraron á sus calabozos como verdaderos pájaros nocturnos que son: el aire fué bendecido y santificado por tu presencia; y el cielo se regocijó con todos sus ángeles, que salieron á recibirte con cánticos de júbilo diciendo: ¿Quién es esa que camina como el alba al levantarse, hermosa como la luna, escogida como el sol (2)?» Con estas palabras me da pié el santo doctor para decir algo de la grandeza del triunfo de la Virgen, donde aunque todo sea singular y extraordinario, me contentaré con tocar tres singularidades solamente.

Primera singularidad de este triunfo.

II. La primera es que todos los habitantes del cielo salieron y se dispusieron á hacer un recibimiento adecuado á la majestad de su reina. S. Bernardo (3) y san Andrés cretense (4) lo dicen bien claramente y afirman que todas las legiones de la milicia de Dios se pusieron en órden para conducirla y acompañarla (5). Mucho

(1) Orat. 4 de dormit. beatæ Mariæ.

(2) Cant. VI, 9.

(3) Sermo 4 de Assumpt.

(4) Orat. 4 de dormit. B. V.

(5) Adicion de la madre M.

menos motivo tenemos de dudar respecto de las almas bienaventuradas, que sin comparacion le estaban mas obligadas que aquellos. Figurémonos pues con S. Gregorio de Tours (1) que la conducta de aquella admirable comitiva se dió al glorioso S. Miguel como á príncipe de la corte celestial, el cual para hacer en todas maneras inimitable este triunfo dividió el cielo en dos bandas, la una de los ángeles y la otra de los hombres, y cada una en diferentes órdenes segun las diversas libreas que debian de llevar, y las calidades de la señora á quien habian de representar. Los ángeles iban los primeros bajo el guion de la inocencia llevando cada cual algun geroglífico de la suma pureza de la madre de Dios: quién la denotaba con el oro acrisolado, quién con el unicornio ó el armiño, enemigo de toda suciedad, quién con cualquiera de esas figuras que nos han suministrado los santos padres al hablar de la exencion de Maria de todo pecado. Seguian los arcángeles, que como gobernadores de las provincias de este mundo llevaban los distintivos de las que estaban encomendadas á su cuidado, dando á entender así que todas ellas se reconocian tributarias de la Virgen santísima. Los principados hacian lo mismo con los reinos que estaban sujetos á ellos, y de antemano le mostraban los príncipes y reyes

J. de Blumar. — «Leemos de algunos santos que fueron acompañados de los ángeles, los cuales cantaban himnos celestiales hasta el lugar de su sepultura, como se cuenta del ilustre san Martín y de Lázaro, de quien nos dice el Evangelio que fué llevado al seno de Abraham por aquellos espíritus bienaventurados. Y si los santos no fueron privados de este honor; ¿qué no se haría con la que es madre del

santo de los santos? ¿Qué obsequios no tributarían á su medallera en el día de su triunfo? ¿Qué recibimiento no le harían? ¿Qué voces de júbilo, qué alabanzas y qué armonía celestial no se oírían entonces? ¿Qué agradable cosa es ver á los hombres confundir sus cánticos con la música de los ángeles?»

(1) De gloria martyrum, l. 4, cap. 4.

que voluntariamente le presentarían un día sus coronas y estados como pretendiendo depender de ella y tenerlas en feudo de su bondad, segun se dirá mas largamente en otro lugar (1). Las virtudes expresaban de diversas maneras los prodigios que ella habia obrado y debia de obrar en el mundo para promover la gloria de Dios. Las dominaciones la hacian reconocer por medio de las victorias que habia alcanzado ya y debia de alcanzar como el único azote de los vicios y el terror de los enemigos de Dios. Las potestades con sus cetros, sus coronas y las otras insignias de soberanía daban bastante á entender que la honraban como á reina de la tierra y del cielo. Entre estas y los tronos marchaba ella con un tren que no se puede explicar; pero volveremos incontinenti á considerarla despacio, luego que hayamos referido lo que falta de la pompa triunfal. Los tronos por diversos emblemas hacian ostentacion del principio de la dicha de Maria y decian sin hablar que era el trono del Padre, el palacio del Hijo y el santuario del Espíritu Santo. Era de ver cómo los querubines y serafines brillando por cima de los demás trataban de realzar la eminente ciencia y la abrasada caridad de la Virgen, porque con todas sus divisas y motes hacian protestas públicas de que la suya no era nada en comparacion de la de ella.

III. Despues de todos estos espíritus alados venian en buen órden los primeros frutos de la iglesia naciente, quiero decir, los que ya habian subido de la tierra al cielo y habian empezado á ocupar las sillas vacantes de resultas de la rebelion antigua. Las vírgenes iban las primeras como que tenian mas semejanza con la Virgen por excelencia, y cada una de ellas llevaba por insignia la azucena. Los mártires iban todos con una corona de

(1) Trat. 3, c. 6 y trat. 4, cap. 8.

laurel en la cabeza y una palma en la mano. Los confesores tenían sus aureolas con los otros símbolos de su confesion y perseverancia. Los patriarcas y profetas se distinguían por los ramos de oliva como por las fieles pruebas de su rara fé y de su longanimidad, y todos ellos bajaban estas insignias de honor como echándolas á los pies de su reina y testificando por su sumision que la reconocían por el espejo de las vírgenes, la corona de los mártires, la gloria de los confesores, el ornamento y la honra de los patriarcas y profetas. Se veían tantos coros de música y de toda suerte de instrumentos concertados como escuadrones habia, y la suavidad y armonía de ellos era como preparada por Dios para celebrar la entrada de su madre en el cielo.

Segunda singularidad.

IV. Ya que se me ha escapado esta expresion, tiempo es de que la consideremos como la singularidad mas notable, aunque es la segunda, de su gloriosa asuncion. Hubiéramosla visto con su querido hijo en medio de aquella tropa celestial lo mismo que la luna entre las estrellas; pero luna mas clara que mil soles, porque con respecto al único sol de justicia no tenia medida de resplandor y de gloria. Digo con su hijo, porque la razon no consiente dudemos que este honró personalmente el triunfo de su santa madre, pues si prometió á la bienaventurada Angela de Folíno, segun se lee en su vida, que no se contentaria con que los ángeles la acompañasen y sirviesen de escolta, sino que él mismo vendría á buscarla para llevarla al cielo como á su muy querida esposa; si no negó esta merced á otras muchas almas santas, como es muy creíble; dejo al juicio del lector si habria podido negarla á su amadísima madre, á su esposa sin par, á la que era la honra del cielo y de la

tierra, maxime cuando Sofronio atesta que tal ha sido siempre el sentir de la iglesia. «La creencia comun es, dice este doctor (1), que el mismo Salvador salió á recibirla con semblante alegre y placentero y la condujo hasta su mismo trono, donde la colocó cerca de sí: si no ¿cómo podríamos probar que hubiese observado el precepto de honrar padre y madre dado por él mismo?» Añade Sofronio que aun cuando el redentor del mundo no hubiera tenido la inclinacion que tenia á tributar este obsequio á tal madre mas que todos los hijos de los hombres, debia hacerlo por su propia consideracion, porque estaba empeñado en ello su honor, y el que daba á la Virgen redundaba en él, supuesto que la gloria de los padres es la de los hijos. S. Bernardo no para aquí, porque sostiene que aquel hijo incomparable no se contentó con ser el ornamento y como el sol que alumbraba el triunfo de aquel dia feliz, sino que quiso á mas servir de escudero á su madre bienaventurada (2).

V. S. Agustin dice (3) que la tenia de la mano, dando este sentido al versículo 24 del salmo LXXII, donde se lee: «Me tomaste de mi mano derecha, y me condujiste segun tu voluntad, y me amparaste con gloria;» obsequio hasta entonces inaudito y reservado para aquella que habia de ser única en todos sus privilegios. En realidad hizo tal impresion en los espíritus bienaventurados, que todos ellos exclamaron: «¿Quién es esta que sube del desierto llena de delicias, apoyada sobre su amado (4)?» Y volvieron á exclamar: «¿Quién es esta que sube por el desierto como varita de humo de los aromas de mirra y de incienso y de todo polvo de perfume (5)?» «¿Quién es esta, dice S. Bernardo (6), y de

(1) Sermo de Assumpt.

(2) Sermo 4 de Assumpt.

(3) Sermo 35 de sanctis.

(4) Cantic. VIII, 5.

(5) Ibid. III, 6.

(6) Sermo 4 de Assumpt.

dónde puede venir á una mujer mortal tanta afluencia de delicias? ¿Qué quiere decir que nosotros mismos, que somos inundados del torrente de delicias salido de la presencia de Dios, no tenemos una cosa igual? ¿Cómo puede ser que se encuentren unos tan ricos atavíos debajo del sol, donde no hay mas que trabajos y aflicción de espíritu? ¿Qué diamantes son el don de fecundidad engastado en el oro de la virginidad, la insignia de humildad, la rosa de caridad, el collar de misericordia, todas las riquezas de gracia y gloria reunidas para adornar á una criatura que sube de un desierto? «¿Quién es esta, dice San Ildefonso (1), que sube como una varita de humo? Es la vara salida de la raiz de Jessé, que es como un perfume compuesto de todos los polvos aromáticos y abrasado en el fuego de la caridad. Vedla subir como humo de incienso y holocausto divino, que lleva hasta el cielo el olor de sus singulares virtudes. Donde se observará que el pasmo de los ángeles no se funda en la virginidad de la madre de Dios solamente, aunque es sin ejemplo, sino en la inmensidad de su gracia y de todas las virtudes juntas, que hicieron de ella una verdadera manzana de olor. Pero á medida que ellos publican su pasmo, se oye responder á los heraldos del cielo: Es la hermosa entre las hijas de Jerusalem; como si quisieran decir: No os admiréis: este es un hecho sin ejemplar y sin consecuencia: es un honor que solo corresponde á aquella por quien Dios quiere vaciar las arcas de su gloria y ostentar toda la magnificencia del cielo. Oh Dios, ¡qué amoroso eres para con los que te aman, y qué fiel para con los que te sirven! ¡De qué manera honras á los que te honran! ¿Y cómo nuestros corazones estan aun tan helados y tienen tan poco conocimiento de un Dios tan bondadoso y tan grande?»

(1) Sermo 3 de Assumpt.

Tercera singularidad.

VI. Mientras nosotros estamos parados, la Virgen sigue adelante, y sin que lo advirtamos, hace su entrada en el cielo. Henos aquí en el punto del recibimiento que le hizo la beatísima Trinidad: última singularidad de su triunfo. Dice S. Ambrosio (1) que cuando entró en el cielo el emperador Teodosio, los ángeles diputados para recibirle le preguntaron qué es lo que habia hecho en el mundo. Dios mio, ¡qué respuestas tan cumplidas hubiera podido dar la Virgen á esta pregunta, si el decoro hubiese permitido detenerla á la puerta del cielo para preguntarle tal cosa, ó mas bien si la modestia no la hubiese impedido á ella de responder! ¡Qué buen tema hubiera tenido su amado hijo para hacer el panegírico de tan digna madre! ¿Qué no hubiera podido decir de la única que mereció darle nuestra naturaleza, llevarle en su seno, criarle y servirle por tanto tiempo? ¿Qué no hubiera podido decir de la que despues de él fué el principal instrumento de la reparacion de los hombres, y á quien de consiguiente estan obligados todos ellos por haber sido restaurados en la gracia y por su eterna bienaventuranza? Pero una vez que su calidad no consentia tal pregunta y por otra parte eran bien conocidos sus méritos, digamos mas bien que asi que entró en el cielo, uno de los primeros arcángeles gritó cuanto pudo en lenguaje celestial lo que decia antiguamente un heraldo cuando salia de su palacio el rey de los escitas en las principales solemnidades: Todos se postren en tierra; todos adoren la majestad. Despues de tributados estos primeros homenajes fué conducida la Señora á la presencia de la santísima Trinidad. Entonces el padre de las eternas misericordias inclinándose sobre el cuello de

(1) Orat. in funere Theodos.

su amada hija levantó los diques que habían contenido hasta allí el ímpetu de su amor, para inundar de un gozo inexplicable á aquella bendita alma y anegarla en el piélago de sus inestimables delicias. Entonces la bondad del Espíritu Santo no siendo ya detenida por ninguna consideración descubrió á su casta esposa la dicha de tener tal esposo. Entonces el Hijo le manifestó que nada le impedía de honrar á su madre según toda su voluntad. Entonces la inmensa Trinidad hizo ver á toda la corte celestial los tesoros de gloria que tenía preparados para la que debía de ser la maravilla de gloria como era el prodigio de gracia. Entonces fué colocada ella en su silla real, según diré inmediatamente, y los ángeles primero y después las primicias del rebaño de Jesucristo se presentaron en hilera á hacerle reverencia, á poner sus coronas á los pies de ella y á reconocerla como á su señora y soberana (1).

Pero tal vez se ofenda el cielo de que yo intente tartamudear sobre aquello de que acaso no me es permitido hablar, y porque quiero explicar con palabras humanas unos honores que son divinos, y medir con la vara de mi corto entendimiento la majestad de ese triunfo. Virgen santa, si he faltado en esta parte, te pido perdón: achácalo á la flaqueza de mi inteligencia, que se vale de toda la magnificencia que es capaz de imaginar, para hacer una peana á tu gloria y honrar tus grandezas.

(1) Adición de la madre M. J. de Blemar. — «Pero aunque esta fiesta sea enteramente suya, podemos decir que también es nuestra en cierta manera, porque esa misma Virgen es nuestra madre, nuestra abogada y medianera. Con efecto así como el Hijo mostrando sus sagradas llagas al Padre intercede poderosamente por nosotros, así Ma-

ria enseñando á su hijo los virginales pechos que le amamantaron, habla eficazmente en nuestro favor; y como el Hijo es nuestro medianero para con el Padre, ella es nuestra protectora ante la majestad de su hijo, junto á quien reside y ante quien colmada de gracias y delicias no cesa de rogar por los pecadores.»

§. III.—De los admirables privilegios de su sagrado cuerpo.

I. Mientras la iglesia triunfante está de fiesta y regocijo según el privilegio de su nombre, el reducido rebaño de Jerusalem, deshecho en llanto y lleno de amargura, se consuela lo mejor que puede, dice S. Juan Damasceno (1), con la prenda que le queda de su buena madre. Hay entre todos ellos una santa porfia sobre quién tendrá mas tiempo abrazados sus pies, quién los bañará mas con sus lágrimas, quién besará sus manos mas despacio, quién tendrá la dicha de poseer alguna reliquia que haya tocado aquel sagrado cuerpo. Pero al cabo hay que dar tregua á estos desahogos para practicar lo que es de justicia y celebrar las exequias de la madre de Dios.

Primer privilegio.

II. Comenzaré la relación de sus privilegios por el de la mas lucida y honrosa comitiva que se ha reunido jamás, para lo cual procuraré no separarme del discurso de S. Juan Damasceno. Este después de todos los padres citados arriba (2) cuenta que lavado y amortajado decentemente el sagrado cuerpo se encendieron cirios benditos al rededor del féretro y se empezaron á entonar cánticos solemnes según el orden dispuesto por el Salvador, haciendo los ángeles por otra parte resonar el aire con su celestial armonía (3). Y á la manera que el rey David cuando quiso trasladar el arca de la alianza á la

(1) Orat. 2 de dormit. Virg.: Metaphrast., Orat. de vita et dormit. B. Virg.: Nicephor., Hist. l. 2, c. 22.

(2) S. Dionys., De divin. nomin., l. 3.; Juvenal, archiep. jerosol. in hist. euthymica, l. 3.

c. 40: Andr. Cretens., Orat. 2 de dormit. Deiparæ etc.

(3) Sophron., Sermo de Assumpt.: S. Ildephons., Sermo de Assumpt.: S. Joan. Damasc., Orat. 2 de dormit. B. Virg.